

Hablar como oráculo de Dios

La historia de C.H. Spurgeon, el predicador

Charles Haddon SPURGEON

biblicom.org

«Si alguno habla, sea como oráculo de Dios» (1 Pe. 4:11).

«¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian buenas noticias!»
(Rom. 10:15).

Cuando buscaba la salvación, decidí ir a todos los lugares de culto de nuestra ciudad de Colchester; no quería perder ni una sola oportunidad de oír la buena palabra que necesitaba. Llevé a cabo mi plan, pero durante mucho tiempo sin ningún resultado. Los pastores hablaban de todo menos de la salvación.

Todavía a veces pienso que hoy seguiría en las tinieblas si Dios, en su bondad, no hubiera enviado una tormenta de nieve a cruzarse en mi camino, un domingo por la mañana, cuando me dirigía a cierto lugar de culto. La tormenta se hizo tan violenta que me vi obligado a cambiar de dirección; y, en la nueva calle que había tomado, descubrí una pequeña capilla de metodistas. Solo había allí una docena de personas. Había oído decir que estos metodistas cantaban tan alto que te hacían doler la cabeza. Pero ¿qué me importaba? Quería conocer el medio de salvación, y si estos cristianos podían decírmelo, no temía el peor dolor de cabeza.

El pastor no estaba allí. ¿Quizás se había quedado bloqueado por la nieve? Tras una larga espera, un hombrecillo flaco, zapatero de oficio, subió al púlpito y habló.

Sin duda es bueno que los predicadores tengan una buena instrucción, pero fue feliz que este fuera completamente incapaz de tener 2 ideas seguidas. Tuvo que aferrarse a su texto: «Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra» (Is. 45:22). El querido hombre tenía acento del campo y leía mal, pero eso no importaba. El texto por sí solo ya me había hecho bien. En unas pocas frases entrecortadas, este hombre indicaba lo fácil que es volverse hacia alguien y mirar hacia él, y también lo necesario que es mirar a Cristo, y no a uno mismo. Mirad a Cristo, decía. Miradme a mí, os dice Jesús, a mí, cuyo sudor se ha vuelto como grumos de sangre que caen a tierra (Lucas 22:44). Miradme a mí, que estoy atado a la cruz. Miradme, estoy muerto y enterrado. Miradme, he resucitado. Miradme, estoy subiendo al cielo. Miradme, estoy sentado a la derecha de Dios. Oh, pobre pecador, ¡mira hacia mí!

En este punto de su predicación –llevaba hablando más de 10 minutos– al orador se le habían acabado las palabras. Entonces volvió los ojos hacia el pasillo donde yo estaba sentado y exclamó, como si conociera el fondo de mi corazón: “Joven, parece usted muy desgraciado”. En efecto, parecía infeliz, pero era la primera vez que oía a alguien desde el púlpito comentar “mi aspecto”. Y continuó: Siempre será infeliz,

infeliz en la vida, infeliz en la muerte, si se niega a obedecer a este texto bíblico. Pero si ahora lo obedece, se salvará inmediatamente. Luego, levantando los brazos al cielo, gritó, como solo un metodista podía hacerlo: ¡Joven, mire a Jesucristo! ¡Mírelo, mírelo, mírelo! Todo lo que tiene que hacer es mirar, y vivirá.

Al instante comprendí el camino de la salvación. Oh, ¡cómo salté de gozo! No recuerdo lo que dijo el predicador a continuación; a decir verdad, no le presté mucha atención. Estaba poseído por un solo pensamiento, como aquellos israelitas que, cuando la serpiente de bronce fue levantada en el desierto, miraron y quedaron sanados. Yo esperaba tener 50 cosas que hacer, pero qué deliciosa impresión me causó aquella palabra: ¡Mire! ¡Oh, miré tanto que parecía que los ojos se me habían salido del cuerpo! Y así es como, en el cielo, volveré a mirar, lleno de gozo inefable. Miré, y al instante se disipó el peso aplastante de mis pecados. Todo estaba claro: Jesús había tomado sobre sí los pecados de todos los que creen. Creí, sentí, supe que él había cargado con mis pecados. Entonces quedé en paz. Una mirada me salvó y, para mi salvación presente, para que mi conducta en la tierra sea para su gloria (ver [Fil. 2:12](#)), no tengo otro recurso que mirar una y otra vez ([Hebr. 7:25; 12:2](#)).

*Mira, oh corazón atribulado, a la cruz del Calvario,
Levanta los ojos hacia Cristo moribundo:
Él muere para salvarte de la justa ira y del castigo eterno.
Del juicio de Dios, la terrible amenaza pendía sobre ti sin esperanza de perdón;
En esa cruz infame, Jesús sufre por ti, pagando tu rescate con la salvación.*